

encuentro de fuerzas que apretadamente convergen y rompen hacia lo alto, y encumbran sobre los materiales que permanecen sirviendo de escalón y asiento, una cima señera, dominante. Bien puede creerse, por comparación con la naturaleza física, que en el espíritu de un gran poeta ocurre un fenómeno semejante al afrontarse y chocar dos movimientos de la sensibilidad, acaudalados por experiencias diferentes. El resultado es una conmoción, creadora de formas nuevas. Son visibles en el *Quijote* las dos corrientes de la sensibilidad que al cruzarse en el espíritu de Cervantes han producido el alzamiento culminante en la figura del triste caballero. Una consiste en experiencia realista; otra en sugerencias poéticas. Una proviene de la observación, del comercio cotidiano con los seres más triviales; otra, de la tradición, irreal, nunca vivida por nadie en los términos que la tradición misma declara; parto de una fantasía antigua, sin apellido personal, engrosada a tra-

vés del tiempo por la fantasía innumerable de cuantos han apacentado en ella su capacidad de ensueño. Transcurre por el *Quijote* un mundo concreto, lleno de seres y enseres, ya de la naturaleza física, ya de la animada, que hinchen de materia no sólo el perímetro de la novela, sino cada palabra, repleta de sustancia hasta reventar. De tal magnitud de volúmenes proviene en el *Quijote* la sensación espacial. La venta y el castillo, la ciudad y la aldea, el camino y la sierra, dilatan el horizonte sensible de la novela. Son los hitos mayores, ligados por el trazo ideal de la acción, que no se perfila a la manera de silueta esquemática sobre una tela creada por sugestión en la fantasía del lector, ni va referida a un mundo sin gravidez ni bulto, ni es suscitada por un espíritu ciego ante la realidad exterior y cuyo mecanismo se nos revela por el análisis, sino que va continuamente apoyada en un objeto físico y se traslada de uno a otro, palpándolos, agarrándolos, y es determinada por

la azarosa sucesión con que los objetos aparecen a la vista del caballero. Los incontables objetos en que la acción se apoya, como si no pudiera tenerse en pie lejos de aquella universidad de cuerpos: brocal de un pozo, cueros de vino, dornajo de un cabrero, puño de bellotas, enjalmas de una recua, la cola del buey barroso, la bacía que refulge al sol, la nariz de CECIAL, un león que se espolvorea las fauces, un gabán, la mula muerta de Cardenio, y tantos y tantos, nos mantienen en el reino de los nombres, de las palabras cargadas con la designación directa de las cosas por su apariencia sensual, donde todo lo que puede decirse de ellas en virtud de sus cualidades y de su posición relativa se omite por el pronto. Las cosas no están insinuadas, aludidas, traspuestas, sino representadas, ocupando sitio, hasta donde alcanza el poder representativo de los vocablos. La representación de las cosas, en su indiferencia esencial, en su inocencia propia, anterior a toda calificación, ante-

rior sobre todo al acto y al hábito de colorearlas con destellos de nuestra vida interior, brinda a los entendidos en las virtudes del lenguaje el puro placer de la sensualidad de la expresión, el sabor carnal de las palabras y el gozo de acariciar su contorno, como los dedos expertos del artista acarician la perfección de la materia esculpida.

Más hondo que la experiencia realista circula por el *Quijote* aquel otro caudal, el **torrente poético** alimentado por la tradición, en el cual se sumerge la humanidad del *Quijote*. En cada página el rumor de esa corriente profunda se deja sentir. La sombría vulgaridad de las figuras se enciende y colorea, traspasada por los fuegos de una iluminación remota, como el sol invisible a nuestros ojos exalta las delgadas formas inscritas en los plomos de un vitral. Las criaturas cervantinas, de cualesquiera calidad y porte, se placen en los ecos, en los destellos de aquellas voces, de aquellas luces, último señuelo de su capaci-

dad de crear, de su capacidad de soñar, y reciben del sentimiento común— aspiración al reposo en un mundo imaginario, compensador del mundo cotidiano—, un aire de familia inconfundible, como partícipes y guardianes conservadores del tesoro poético nacional. El caudal poético—ya se adivina—consiste en la trasposición fabulosa de la historia española, y en la presencia real, con la realidad de la imaginación, más poderosa para este resultado que los textos veraces, de los mitos traídos directamente al mundo por invención de la fantasía.

Si la mitad, digámoslo así groseramente, del *Quijote* proviene de la experiencia realista, de la observación, de un designio satírico y costumbrista, la otra mitad aprisiona los frutos de una elaboración poética, asimilada por el pueblo, de más antigüedad que su expresión literaria en el romancero, tal como lo conocemos. El choque y reacción de ambas corrientes en el espíritu de Cervantes, más

que hacer posible podría decirse que determina la creación de la figura de Don Quijote, el cual no viene a nosotros con la violenta sequedad de un guijarro disparado desde lo oscuro por mano incógnita, ni aparece como cardo espinoso, hostilmente solitario en un erial, sino suscitado en la masa de aquella rica pulpa realista, por el soplo poético de lo maravilloso. El prodigio en la composición de la novela—éste es el acto sacramental logrado por el poeta—consiste en haber fundido la corriente realista y la mitológica en una emoción sola. Emoción inquietante, agridulce. Los mitos se humanizan, se avienen a participar en la realidad concreta, entran en un sistema de alusiones, como pertenecientes a la experiencia de cada cual, ni más ni menos que ahora, muchedumbre de españoles, sin conocimiento directo del *Quijote*, lo aluden, manejan los mitos creados por él, poniéndolos en línea con sus nociones experimentales. Y a la inversa: la humanidad del *Quijote*, cuando

más denso parece su realismo, va como arrebatada en una onda, que sopla no se sabe de qué parte; o tal vez lo sabemos: del limbo de creencias poéticas que influye en las criaturas cervantinas más prosaicas su primer aliento.

De esta manera me explico, sin salir de lo normal en la génesis de una obra literaria, la invención de la figura de Don Quijote. Cervantes la inventó al sentir levantarse en su espíritu, delante de una realidad contemplada con la pupila que dilata la fantasía, la misma emoción sentida por nosotros al leer el *Quijote*; sólo que a nosotros nos dan ya la fantasía estilizada, operante sobre lo real; recibimos el prodigio cumplido. En los componentes de la invención, lo risible era la realidad primaria del personaje; lo serio es la fantasía, la corriente maravillosa que Cervantes introduce en lo real para descomponerlo. Es fácil ver en la biografía de Don Quijote dónde acaba la observación, dónde comienza el invento. La realidad es Alonso Quijano. Un

MANUEL AZAÑA

LA INVENCION  
DEL QUIJOTE  
Y OTROS ENSAYOS



72013

164

MADRID

1 9 3 4

Biblioteca Nacional de España